

¿CUÁLES VALORES?

Ángel Marcel

Junio 13 de 2006

El mayor peligro para la mayoría de nosotros no es que nuestra meta sea demasiado alta y no la alcancemos, sino que sea demasiado baja y la consigamos.

Michelangelo Buonarroti

Me pregunta *El Poli* si considero que de ayer a hoy han cambiado los valores de los jóvenes. Evidentemente sí. Habría que ver si para bien o para mal. Este artículo intenta responder la pregunta.

Para empezar, me declaro hinchado de los jóvenes porque, entre otras cosas, son capaces de decir cosas **políticamente incorrectas**, lo que indica que viven todavía. De no ser así, no tendría mayor sentido mi oficio de maestro.

Trátense de muchachos, adultos o ancianos, entiendo por **juventud** cierta forma rebelde, inconforme, contestataria, crítica y hasta socarrona de ver el mundo y la vida, cierta actitud de *modernidad espiritual* y *apertura mental* que *no traga entero*, y que nada tiene que ver —o muy poco— con la edad de las personas y las modas. Desde este punto de vista, hay “muchachos” envejecidos, más aún: muertos en vida, y adultos y ancianos juveniles.

Cuando hace más de cinco siglos Jorge Manrique escribió en sus famosas *Coplas a la muerte de su padre* que “(...) *cualquiera tiempo pasado fue mejor*”, no había leído por supuesto la *Historia de la estupidez humana*, del húngaro Paul Tabori¹, ni *Akenaton, la historia de la humanidad contada por un gato*, de Gérard Vincent². No conocía *El túnel*, de Ernesto Sábato, en cuyo primer capítulo se lee que “(...) *cualquier tiempo pasado fue peor*”, ni sabía, como Borges, que “(...) los gnósticos decían que la única manera de librarse de un pecado era cometerlo, porque después uno se arrepentía.”³ Tampoco había hojeado *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust⁴, cuya idea central parece ser que los niños carecen de pasado y los viejos de futuro.

Quienes hoy en día piensan que los “valores” de antes eran mejores que los actuales, olvidan al parecer la historia de nuestra especie, tan inerme e indefensa siempre frente al mundo natural autorregulado, que tuvo que crear **la cultura** como soporte, del modo como los miopes nos “apoyamos” en nuestros lentes para

¹ TABORI, Paul. *Historia de la estupidez humana*. Buenos Aires: Ed. Siglo XX, 1995.

² VINCENT, Gérard. *Akenaton, la historia de la humanidad contada por un gato*. Madrid. Ed. Alfaguara Bolsillo, 1996.

³ BORGES, Jorge Luis. “Credo del poeta”. En: *Arte poética*. Seis conferencias. Barcelona: Ed. Crítica: 2001. Pág. 131.

⁴ PROUST, Marcel.. *En busca del tiempo perdido*. Barcelona: Plaza y Janés, 1967.

no tropezar, los cojos y los mancos en sus piernas y manos artificiales, los sordos en sus audífonos, los minusválidos en sus prótesis. En nuestro fuero interno y en el plano de la convivencia social, nuestros “apoyos” son los valores, la ética, las normas y las leyes. La pregunta es si esos valores, esas leyes y normas y esa ética han logrado cambiar o no –o atenuar siquiera- la barbarie en que consiste la historia humana.

Quienes piensan que los “valores” de antes eran mejores que los actuales, olvidan que los muchachos de hoy hacen las mismas locuras que a su edad hicimos los mayores, porque, como decía mi maestro de vida, el gran profesor Ernesto Bein, los dos motores del mundo han sido y serán siempre el sexo y el dinero, ejes de las relaciones de poder que gobiernan las conductas humanas.

Wayne W. Dyer, en su ensayo “*La esperanza*”⁵ afirma que “nadie sabe lo bastante como para ser pesimista”, a lo que cabría replicar que nadie sabe lo suficiente como para ser optimista. Alguien, no me acuerdo quién, definía al pesimista como “un optimista bien informado”, es decir como un *realista* que se atiene a lo que el hombre es, a lo que ha sido y será, a pesar de todos los discursos y “eventos”, congresos, encuentros, simposios, conferencias y talleres sobre ética y valores, sobre la no violencia y la paz.

Tan sano realismo que renuncia, sí, a hacer del mundo un paraíso inalcanzable, pero no a producir algunos cambios de importancia en una u otra persona, no descarta la esperanza que ciframos en nuestra labor educativa. Por fortuna contamos con *jóvenes de varias edades* a quienes no cautiva ya el “discursito plano” que da por sentados los valores, ni tienen interés alguno en que se los sigamos “inculcando” mediante “palabritas” inocuas y vacías, como aquellas de que “hay que ser buenos, honrados, francos, transparentes, generosos, esforzados y solidarios.”

Si, a contrapelo de lo anterior y a tono con una visión humanizante y enriquecedora –realista en todo caso- les proponemos **debatir, hacer conciencia y tomar decisiones** en torno, por ejemplo, al supuesto o real carácter mercantilista del saber en nuestro tiempo, al supuesto o real desinterés utilitario que, según dicen, animaba el conocimiento en otras épocas; a la pregunta de si la cultura nos hace o no mejores, a la precariedad e ineficacia de las palabras a la hora de “comunicarnos”, a la dudosa “racionalidad” de nuestra especie, como consta en la no muy honrosa historia de la humanidad, a la complejísima, ambigua y contradictoria condición humana capaz de los más bellos actos comunitarios y a la vez de las acciones más ruines, al carácter teatral e histriónico de la amistad, el amor y las relaciones públicas y privadas, a la relatividad o universalidad de los valores éticos y morales, y a la necesidad de asumirlos como soportes para no caer en el más grosero primitivismo, tendríamos ante nuestros ojos y ante los ojos de nuestros jóvenes no una meta demasiado baja, fácil de conseguir, sino otra de

⁵ DYER, Wayne W. “La esperanza”. En: *La sabiduría de todos los tiempos*. Grijalbo Mondadori, S. A.

mayor alcance y altura, así corramos el riesgo de encontrar una violenta oposición en las mentes mediocres y rutinarias.

Me pregunta *El Poli* si considero que de ayer a hoy han cambiado los valores de los jóvenes. Pues sí. Sí que han cambiado, y de qué manera. ¿Para bien o para mal? Me gustaría pensar –y esperar- que para bien. Frente a lo que me tocó vivir en mis años de estudiante, encuentro en los jóvenes de hoy mayor audacia, más frescura e irreverencia, más precaución ante “*absolutos*” y “*verdades reveladas*”, mayor capacidad crítica así sea ante cosas que los mayores consideramos “fruslerías”; mejor disposición para reírse, incluso de nuestras clases, de nosotros y de ellos mismos. Aunque adoro las coplas de Manrique, estoy muy lejos de pensar con él que “(...) *cualquiera tiempo pasado fue mejor*.” Lejos también de decir: “¡Ah, en mis bellos tiempos...!” “¡Ah, es que en mi época...!” Con frecuencia digo a mis jóvenes estudiantes que el día que me sorprendan diciendo semejantes chocheras, me lo hagan saber, para empacar mis cosas e irme a casa.

Una cosa es cierta: ***si los “valores” de los viejos hubieran sido mejores, hoy tendríamos como herencia un mundo más amable.***